

René
Descartes
y la Escuela
Cartesiana

Alfredo Rodríguez Iranzo

René
Descartes
y la Escuela
Cartesiana

Alfredo Rodríguez Iranzo

RENÉ DESCARTES Y LA ESCUELA CARTESIANA

ALFREDO RODRÍGUEZ IRANZO

Universidad Metropolitana,
Caracas, Venezuela, 2019

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal: MI2019000139

ISBN: 978-980-247-275-8

Formato: 15,5 x 21,5 cms.
Nº de páginas: 64

Diseño y diagramación:
Jesús Salazar
salazjesus@gmail.com

Los derechos de divulgación,
comercialización y publicación de las
obras han sido cedidos por sus autores
a la Universidad Metropolitana.

Reservados todos los derechos.

Ni la totalidad ni parte de esta publicación
pueden reproducirse, registrarse o
transmitirse, por un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por
ningún medio, sea electrónico, mecánico,
fotoquímico, magnético o electroóptico, por
fotocopia, grabación o cualquier otro, sin
permiso por escrito del editor.



Autoridades

Luis Miguel da Gama
Presidente del Consejo Superior

Benjamín Scharifker
Rector

María del Carmen Lombao
Vicerrectora Académica

María Elena Cedeño
Vicerrectora Administrativa

Mirian Rodríguez de Mezoa
Secretario General



Comité Editorial de Publicaciones de apoyo a la educación

Prof. Roberto Réquíz

Prof. Natalia Castañón

Prof. Mario Eugui

Prof. Humberto Njaim

Prof. Rosana París

Prof. Alfredo Rodríguez Iranzo (Editor)



IN MEMORIAM
Dr. Jesús Díez Tirado

Un poco de historia	9
René Descartes: sus principales doctrinas.	
El método para hallar el fundamento de la certeza	22
El principio para salir de la duda y la piedra fundamental del edificio filosófico de la certeza	27
El criterio de evidencia	29
La existencia de Dios o el fundamento objetivo	31
El mundo	35
Psicología cartesiana	43
Ética y libertad	48
El método cartesiano	51
El cartesianismo después de Descartes	54
Resumen	57
Referencias bibliográficas	61

UN POCO DE HISTORIA

Durante la Edad Media, había reinado en el campo filosófico, la filosofía escolástica, la cual, sobre todo desde fines del siglo XII, era la filosofía de Aristóteles cristianizada.

No obstante, es necesario señalar que, a mediados del siglo XV, muchos doctos filósofos griegos venidos a Italia, trajeron otras filosofías griegas e hicieron gustar la literatura y artes griegas, y consecuentemente, la afición por esa literatura y ese arte comenzó a dar prestigio a todo lo griego. De ahí el renacimiento del platonismo, del aristotelismo, pero sin las correcciones de la escolástica y cultivado según las dos corrientes: averroísta y alejandrina, del ionismo, estoicismo, etc.

Esto, por un lado, pero por el otro, podría afirmarse que las nuevas disquisiciones sobre las leyes de la naturaleza que venían anotándose desde el siglo XV, hechas sobre todo por Leonardo da Vinci (1542-1619), Copérnico (1473-1543), Kepler (1571-1630), Galileo Galilei (1564- 1643), debilitarían en buena medida la supremacía de Aristóteles, y, por ende, resaltaría la influencia de la filosofía escolástica.

En la dialéctica y método lógico, el del humanista y filósofo Lorenzo Vall (1407-1459) y otros. En la filosofía de la naturaleza, el del médico Peracelso (1493-1541) y otros. En la metafísica, el de Campañella (1568-1639), Giordano Bruno (1550-1600) y otros. En la filosofía social, el de Macchiavello (1469-1527) y otros. En la filosofía mística, el de Valentín Weigel (1533-1588) y otros alemanes.

En todas estas tentativas no se puede negar que había varios gérmenes de sana evolución filosófica, sobre todo en cuanto a la filosofía de la naturaleza; pero estos gérmenes se veían mezclados y casi ahogados por gravísimos errores y especulaciones fantásticas que pugnaban con todo procedimiento filosófico. Por esto, afirman filósofos e historiadores que, a pesar del factor especulativo presente en los planteamientos filosóficos previos a la época renacentista y a la modernidad, sí se pueden reconocer ciertos aportes filosóficos en el Medioevo; lo que pudo dar paso a los grandes descubrimientos en este campo, unos siglos más tarde.

San Juan, por ejemplo, afirma en el comienzo de su Evangelio que *In principium erat Verbum*. Al traducir la palabra latina *verbum* por la griega *logos*, Dios es, por tanto, Palabra y Razón. Surge entonces la pregunta

¿qué es el hombre? En una primera época, se concibe al ser humano como un ente creado igual a otros entes, pero con la peculiaridad de ser “imagen de Dios”, es decir, un ser intermedio entre Dios y todo. Un espíritu capaz de saber qué es el mundo, qué es él mismo, y qué es Dios. Así pues, para alcanzar la verdad, el ser humano debe mirar hacia sí mismo y allí encontrará a Dios.

El amor como vía de acceso a Dios y, por tanto, a la Verdad, adquiere en consecuencia una relevancia especial. El conocimiento queda por debajo tanto del amor como de la fe. Así, San Anselmo afirma “la fe busca entender” y San Buenaventura concibe la filosofía como “itinerario de la mente hacia Dios”. En conclusión, se parte de la fe.

Santo Tomás da un giro e insiste en una adecuación entre el hombre y Dios a través del logos común, lo que permite conocer la existencia y la esencia divina. De esta manera el tomista se aproxima a una teología natural, es decir, exclusivamente racional, sin intervención de la fe, junto a la teología dogmática.

Este equilibrio se altera con los análisis del escocés Escoto y el fraile escolástico inglés Ockham. Para este último, la razón será un asunto exclusivamente

humano: Dios omnipotente no está regulado por ninguna ley, mucho menos por la razón humana puesto que por encima de Dios, no hay nada. De manera que el “logos” como esencia de Dios pasa al “logos” como esencia sólo del ser humano. No obstante, en este ámbito de la razón el ser humano queda apartado de la Divinidad, ergo, si Dios no es razón, la razón humana no puede ocuparse de Él.

Se puede afirmar entonces que, al finalizar la Baja Edad Media, la Divinidad deja de ser el gran tema teórico. La razón adquiere un puesto prominente ya que, precisamente, a través de la razón el humano comienza a descubrir la asombrosa estructura del mundo en que vive. Un mundo que, si bien creado por Dios, transita de modo independiente. Un mundo racional que, además, se expresa en lenguaje matemático a consecuencia del conocimiento simbólico del nominalismo.

Estos temas que ocupan la tendencia a lo largo de la Edad Media, en su evolución preparan una nueva etapa denominada Renacimiento, pues con el desarrollo de la Ciencia de la Naturaleza, se establece una forma de pensar y vivir en la que la Teocracia ya no ocupa el centro.

Por lo anteriormente dicho, se puede observar en el contexto histórico cultural el enfrentamiento contra el viejo paradigma aristotélico-tomista que circunda el desarrollo de Europa en el período que va desde el siglo XIV al siglo XVII. Se origina principalmente en Italia (Petrarca, Dante y Bocaccio), pero fue extendiéndose por todo el Viejo Continente bajo formas singulares representadas en la filosofía, el arte, la ciencia y la política. Los cambios interpuestos por el Renacimiento no fueron producto de un abrupto momento, sino que hundían sus orígenes en las antiguas civilizaciones griega, primero, y la posterior confluencia grecorromana.

Empero, establecer linderos entre diferentes etapas del pensamiento humano está tan próximo al error como instaurar fechas para los diferentes períodos históricos.

En la Edad Media y el Renacimiento confluyen actitudes, pensamientos, posicionamientos políticos y otras expresiones culturales que son compartidas por la modernidad, o que apuntan a ella; asimismo, hay en las manifestaciones filosóficas “modernas”, ciertos rasgos de novedad que fueron reconocidos por sus protagonistas.

Pero en este caos y perturbación de ideas, comenzó por descartarse el conjunto de sistemas filosóficos que daban más unidad a las nuevas ideas dejando a un lado los elementos fantásticos, teosóficos y pseudo-místicos; aunque esos sistemas fueran imperfectos e incompletos. El primer constructor de la nueva filosofía fue Francisco Bacon de Verulam (1560-1626), quien expone un nuevo método filosófico inductivo empírico en contraposición a la metafísica y sin tutela ninguna de la revelación. “Se dice generalmente que la filosofía moderna ha comenzado con Descartes (1596-1650), en Francia o con Francis Bacon (1561-1626) en Inglaterra”. (Copleston, s.f., p. 5).

El segundo, fue Tomás Hobbes, que aplicó este nuevo método al derecho social y civil y el tercero, fue Herberto Cherburg, que al valerse del mismo método en la filosofía religiosa pretende echar por tierra la religión revelada sobrenatural y le opone la religión natural.

Es importante señalar entonces, que a todas estas ideas que reinaron fuera de las cátedras regentadas por religiosos que se mantuvieron fieles a la escolástica, y que los naturalistas ingleses pretendieron desarrollar según determinado método empírico naturalista, les da nueva forma y las sujeta a un nuevo método René

Descartes, de cuyas ideas se desprenden, en su mayoría, todos los sistemas filosóficos no escolásticos del siglo XVII hasta Kant.

Es conveniente acotar también, que la filosofía moderna se desarrolla en dos corrientes: a) el Racionalismo continental, cuyo padre es el propio Descartes y que tiene en Benedict Spinoza¹ y Gottfried Wilhelm Leibniz

1 Vale la pena colocar aquí, a fin de abundar en lo que se viene explicando, lo que sostiene Papineau en su Filosofía, sobre algunos de estos pensadores: Benedict Spinoza (1632–1677) Un aspecto central de su Ética es la noción de sustancia en donde muestra su desacuerdo con Descartes. Para Spinoza sólo podía haber una sustancia y esa sustancia es Dios. Además, Dios es perfecto, y las cosas perfectas poseen todos los atributos. Si las sustancias se distinguen por sus atributos, no puede haber otra sustancia puesto que no puede existir nada que posea atributos de los que Dios carezca. Mente y cuerpo, por tanto, no son sustancias distintas; más bien son dos modos distintos de concebir la única sustancia verdadera. Como en este enfoque Dios es todo y está en todas partes, Spinoza lo equiparó con la naturaleza, a la que consideró la única sustancia existente. Gottfried Wilhelm Leibniz (1646 – 1716) Este pensador creía que Dios eligió crear el mundo entre una infinidad de “mundos posibles” es decir, entre posibles formas que podía haber adoptado el mundo. Además, Leibniz creía que Dios debía de haber tenido una razón para crear este mundo en lugar de cualquier otro. Esto es una consecuencia de su “principio de razón suficiente”, que afirma que cuando algo es cierto, siempre hay una razón por la que es así. Ahora bien, como Dios es perfectamente bueno, su razón para crear este mundo debe haber sido una razón moral. Y sería incompatible con la bondad de Dios no dar existencia al mejor de los mundos posibles, de ahí la opinión de Leibniz de que este es el mejor de los mundos posibles. John Locke (1632–1704). La afirmación central de Locke respecto al conocimiento es que no existen ideas innatas. Con ello pretende afirmar dos cosas: la primera es que es preciso incorporar las creencias a través de la experiencia del mundo. La segunda es que, cuando uno nace, no tiene conceptos en la mente. Muchos filósofos habían asumido que los conceptos más básicos, como la idea de que una cosa es idéntica a sí misma, formaban parte del mecanismo pensante de la mente. Locke argumentó que incluso esos conceptos tenían que ser adquiridos: al nacer, la mente es una tabula rasa. George Berkeley (1685–1753) Niega la existencia de una brecha entre la mente pensante

a sus dos principales representantes; y b) el Empirismo británico de John Locke, el irlandés George Berkeley y David Hume, quien nació en Edimburgo.

Es válido reconocer que Descartes todavía se apoya en algunos principios filosóficos de la escolástica; pero su construcción filosófica no es propiamente la escolástica sino hija de todo el movimiento filosófico anti-escolástico que se venía obrando como hemos visto. Inicia de esta forma un nuevo período filosófico comprendido entre 1650 y 1800, aproximadamente y cuyos caracteres, entre otros, serían: 1) Pretender que la filosofía tenga plena autonomía e independencia de la revelación sin consentir el influjo negativo de ella. 2) Reflejar y aún romper la armonía entre la ciencia y

y el mundo externo –ya que el mundo simplemente está constituido por las ideas de la mente pensante– entonces el reto que planteaban los escépticos desaparece. David Hume (1711–1776) Pensaba que todo conocimiento debe justificarse mediante la experiencia, de manera que no es posible tener una idea adecuada de algo para lo que existe la correspondiente impresión obtenida a través de los sentidos. Cómo explica entonces un empirista los conocimientos abstractos –matemática, por ejemplo– Hume cree que este tipo de conocimiento llamado apriorístico, en realidad no era un conocimiento del mundo, sino sólo de las ideas y de las relaciones entre ellas, y por lo tanto no necesitaba derivarse directamente de la experiencia. Además de proporcionar una descripción del conocimiento apriorístico, esta visión le permitía excluir muchas controversias metafísicas y teológicas tradicionales al considerarlas falsas. Hume argumentaba que no se tiene una experiencia de una conexión necesaria entre causa y efecto. Un suceso sigue a otro, pero no es posible observar ningún vínculo entre ellos. Hume concluye que la idea de causalidad es simplemente la idea de dos cosas similares que se siguen una a otra. Esta idea –la teoría causal de la “conjunción constante”– ha tenido enorme influencia en la historia subsiguiente de la filosofía, a pesar de las resistencias. (Papinau, 2004)

la fe cristiana al introducirse en la filosofía principios en abierta pugna con la fe. 3) Dejar completamente a un lado la filosofía escolástica no consiguiendo, o sólo consiguiendo a duras penas, ponerse en contacto con los nuevos sistemas.

Los esfuerzos para liberar a la filosofía de la servidumbre respecto a la teología que había caracterizado el pensamiento medieval datan del siglo XIV. Guillermo de Ockham, Nicola de Cusa o Giordano Bruno trabajaron en defensa de la autonomía de la razón.

Lo filósofos modernos, a partir del siglo XVII, se propusieron sustituir la filosofía escolástica en su totalidad y por ello se concentraron en encontrar un nuevo método que sustituyera al del silogismo aristotélico para establecer un nuevo criterio de verdad, basado en Aristóteles y la Iglesia.

De tal manera, el razonamiento deductivo apoyado en el silogismo “Todos los hombres son mortales” como premisa mayor, y “Sócrates es hombre” como premisa menor, obtiene una verdad a modo de conclusión: “luego Sócrates es mortal”; silogismo fácilmente utilizable dada la abundancia de verdades universales –principios generales– proporcionados por la fe o apoyados en la autoridad de Aristóteles o de la Iglesia.

Pero cuando en los albores de la filosofía moderna se pretende que la razón actúe con independencia de la fe, el silogismo pierde validez pues las nuevas corrientes racionalistas y empiristas rechazaron ese método y lo sustituyeron. Los racionalistas por la intuición intelectual y la deducción; los empiristas, por la intuición sensible y la inducción.

El objetivo de la filosofía moderna era establecer nuevos parámetros para alcanzar un nuevo criterio de verdad.

Tal y como se dijo antes, fue René Descartes un hombre extraordinario, nacido en La Haye (Toureinc) en 1596, de ilustre familia, cuyo verdadero nombre era Desquartes, educado en el colegio de La Fléche, dirigido por los R. P. Jesuitas y fundado por Enrique IV.

... en 1604, a la edad de ocho años, ingresa en el colegio de La Fléche que acababa de ser fundado por los jesuitas. Cursa allí todos los estudios: humanidades, ciencias y filosofía escolástica.

Más adelante juzgará esta educación excelente y, consultado por un amigo,

le aconsejará que confíe sus hijos a los jesuitas. (Verneaux, 2005, p.18).

En el programa de estudios del colegio, sólo las matemáticas le ofrecían la sensación de seguridad a causa de las demostraciones y la evidencia de sus razonamientos. Concluidos sus estudios escolares, Descartes se inscribió en la Universidad de Poitiers donde obtuvo el título de abogado (1616). Con el fin de conocer mundo se enroló en el ejército del Príncipe Nassau de Holanda.

Impelido por el vigor juvenil busca mayor acción militar y con tal fin se desplaza hasta Alemania, no sin antes escribir un *Ensayo de Álgebra*, producto de sus conversaciones con el matemático Isaac Beckman. La estación invernal reduce las tropas a sus cuarteles en Ulm, ocasión que aprovecha Descartes para el estudio y la meditación.

El mismo marca el año 1619 como el del descubrimiento de la filosofía. De regreso a Francia en 1622, conoce al Cardenal Bérulle, quien le insta a publicar algunos pensamientos por los cuales ya había sido reconocido. A Descartes el ambiente parisino no le parece el más indicado para tales fines, de manera que se traslada a Holanda. En aquel país, sede de otros “libres

pensadores”, publica *Reglas para la dirección del Espíritu*. Casi al unísono dejó listo (1633) su *Tratado del Mundo o de la Luz*, obra que no publicó en vida por temor de que la Iglesia Católica le diera el mismo destino que a las de Galileo. En 1637 publica el *Discurso del Método* y para 1641, *Meditaciones Metafísicas*, con las objeciones que su amigo de la infancia Mersene le había señalado. Sus teorías circularon con éxito por toda Centroeuropa ganando paulatinamente respeto y reconocimiento. Pronto recibió invitaciones de la Princesa Isabel, hija del Emperador Federico V y de la Reina Cristina de Suecia.

A través del Embajador de Francia en Estocolmo, mantuvo una larga correspondencia con la Reina Cristina quien luego de la publicación *Las Pasiones del Alma* en 1649, le convenció de que se trasladara a Suecia con el objeto de enseñarle personalmente filosofía. Dichas clases, debido a las obligaciones de gobierno de la Reina, debían de ser a las cinco de la mañana. Ajeno a estos hábitos y costumbres –le gustaba permanecer en cama hasta cerca del mediodía– además de las condiciones climáticas del país nórdico, arruinaron la salud de Descartes, quien contrajo una pulmonía que le causó la muerte en 1650.

Poseía Descartes todos los medios para realizar con éxito el noble fin a que se creía destinado: genio en grado eminente, conocimiento de su época, verdadera pasión por las ciencias. Pero tuvo también dos grandes defectos que le hicieron fracasar: demasiada confianza en sí mismo y desprecio por los grandes doctores de la edad media y aún de los que acababan de comenzar la restauración de la escolástica. Este señalamiento se interpreta al colocar en sus escritos al sujeto como protagonistas.

El predominio del “yo” que como se verá va a ser quien protagonice la filosofía cartesiana, marcará en consecuencia el tono literario de sus obras presidido por la primera persona gramatical, lo cual resulta totalmente nuevo en los textos filosóficos, acostumbrados a referirse de modo impersonal a las situaciones. Así ciertamente, Descartes nos muestra sus opiniones y convicciones desde su intimidad y, por supuesto, desde la perspectiva de esa primera persona. Necesario es aclarar que, en 1617, ingresó como Oficial en las filas del Ejército de Mauricio de Nassau; y que durante este tiempo concibió y maduró su *Método* y pensó también en la reforma de la filosofía. Descartes viajó frecuentemente por toda la Europa,...

no obstante, se retiró por fin a Holanda donde permaneció más de veinte años en busca de libertad y silencio. Despreciaba la sociedad prefiriendo la soledad donde se dedicaba a la meditación. Posteriormente, a ruego de Cristina, reina de Suecia, se marchó a Estocolmo, donde murió al año de su llegada, a la edad de 54 años, a consecuencia de una fluxión de pecho.

**RENÉ DESCARTES: SUS PRINCIPALES
DOCTRINAS.
EL MÉTODO PARA HALLAR EL
FUNDAMENTO DE LA CERTEZA**

La idea de *evidencia* es la que domina en el sistema general de la filosofía cartesiana; esta idea fue el fruto de su acendrado estudio matemático. En este sentido, tal y como lo declara Verneaux (2005), el método planteado por Descartes en su obra asevera que las técnicas utilizadas en la enseñanza no satisfacían la necesidad de conocimiento, puesto que aquellos que se implementaban en los colegios estaban basados en la lógica formal, que únicamente dirigía a quienes los ponían en práctica a desarrollar consecuencias en torno a verdades ya comprobadas.

El instrumento general del conocimiento es la razón, o el buen sentido “capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso”. Esta facultad es natural en el hombre, innata y por tanto igual en todos los hombres. La diversidad de opiniones no proviene de la razón, sino del modo como se aplica, es decir, del método que se adopta. Interesa, pues, ante todo, al filósofo que busca la verdad, encontrar el método más apropiado para llegar a ella”. (p. 22).

Para esto Descartes propone en su *Discurso* un método matemático que, reducido a lo esencial, que puede ser generalizado mediante cuatro preceptos, donde el primero hace referencia a la intuición y los tres restantes a la deducción, elementos que se profundizarán más adelante.

Fui alimentado en las letras desde mi infancia y, como me aseguraban que por medio de ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida, tenía un deseo extremado de aprenderlas. Pero, tan pronto como hube acabado el ciclo de estudios a cuyo término se acostumbra

a ser recibido en el rango de los doctos, cambié enteramente de opinión, pues me encontraba embarazado por tantas dudas y errores que me parecía no haber obtenido otro provecho, al tratar de instruirme, que el de haber descubierto más y más mi ignorancia. (Descartes, 2011a).

Se reconoce de esta manera que el punto principal sobre el que se sustenta su trabajo filosófico es la duda metódica:

No quiero tener en cuenta nada de lo que me han enseñado; porque considerando que, así como hay hombres que se engañan racionando aún sobre las materias más sencillas de geometría y hacen paralogismos, juzgué entonces que yo también estaba tan sujeto al error como ellos y deseché como falsas las razones que antes había tomado como determinaciones y me resolví a *fingir* que todas las cosas que habían entrado en mi espíritu no encerraban más verdad que las ilusiones de los sueños. (*Ob. cit*, p. IV).

Tal y como vemos, el filósofo planteaba, estableciendo como metáfora el surgimiento de las ciudades, que eran más sublimes y hermosas aquellas obras construidas desde sus cimientos por un solo hombre, que aquellas que eran sometidas al intelecto y trabajo de varios hombres, que se dedicaban a reconstruir y mejorar sobre las bases antiguas ya creadas por otros, ya que las primeras contaban con mayor orden y armonía, mientras que las segundas se veían más dispersas.

Basado en esta conclusión, Descartes, relacionando esta metáfora con el pensamiento y consciente de que no se puede desechar todo lo aprendido, opta por plantearse abandonar sus pensamientos preestablecidos forjados sobre ideas de otros y sustituirlos por pensamientos nuevos, o comprobar por medio de la razón si en definitiva los primeros podían ser aceptados nuevamente:

Por lo que toca a las opiniones que había aceptado hasta entonces, lo mejor que podía hacer era acometer, de una vez, la empresa de abandonarlas para sustituirlas por otras mejores o aceptarlas de nuevo cuando las hubiese sometido al juicio de la razón. Y creí firmemente que por este medio lograría dirigir mi vida mucho

mejor que si edificara sobre añejos cimientos y me apoyara exclusivamente en los principios que me dejé inculcar en mi juventud, sin haber examinado nunca si eran ciertos o no. (*Ibidem*, pp. 48- 49).

Vale decir asimismo que, el fondo de la doctrina del método de la certeza sobre la que Descartes sustenta sus postulados es la creencia en Dios, puesto que es esta la única idea sobre su perfección de la que el filósofo tiene seguridad:

Meditando sobre las dudas que asaltaban mi espíritu, deduje la conclusión de que mi ser no era perfecto, puesto que el conocer supone mayor perfección que dudar. Quise saber dónde había aprendido a pensar en algo más perfecto que yo y conocí con toda evidencia que esta era la obra de otra naturaleza o esencia más perfecta que la mía... el que esta idea procediese de la nada, de la imperfección de mi naturaleza, era imposible. Lo más perfecto no puede ser una consecuencia de lo menos perfecto y no hay cosas que proceda de la nada.

La única solución posible era que aquella idea hubiera sido puesta en mi pensamiento por una esencia más perfecta que yo y que encerrara en sí todas las perfecciones de que yo tenía conocimiento (*Ibid*, p. IV).

EL PRINCIPIO PARA SALIR DE LA DUDA Y LA PIEDRA FUNDAMENTAL DEL EDIFICIO FILOSÓFICO DE LA CERTEZA

En este orden de ideas, dice Descartes: “aun cuando yo pensara que todo es falso, aun cuando dudara de todo, no puedo dudar de que dudo, si dudo pienso, si pienso existo: *cogito ergo sum*”, y esta es la primera certidumbre de Descartes, así como el más importante punto de apoyo de todas sus doctrinas.

A este primer principio se le han refutado varias cosas, pues, creyendo algunos que era un verdadero entimema, le han objetado que del pensamiento no se podía inferir la existencia, porque para ello se ha de tener en cuenta la siguiente suposición: “lo que piensa existe” y de ser así, sería esta suposición más fundamental que la primera certidumbre.

Todo lo que hasta ahora he tenido por verdadero y cierto ha llegado a mí por los sentidos; algunas veces he experimentado que los sentidos engañan, y como de quien nos engañan una vez no debemos fiarnos, yo no debo fiarme de los sentidos... (pero) hay muchas (cosas) que por los sentidos conocemos y de las cuales no es razonable dudar...

¿Cómo puedo negar que estas manos y este cuerpo son míos? Para negarlo tendría que ser un insensato o un perturbado... (Descartes, 2011b, I).

Podría afirmarse en consecuencia, que esta objeción está basada en falsedad, debido a la enunciación del principio en forma de entimema y a algunas palabras no muy claras del autor. Descartes solo quería demostrar un hecho de conciencia: que, al dudar de todo, hallaba una resistencia: el pensamiento propio existente.

Es pertinente decir que la palabra *pensamiento*, según Descartes, no se limita al orden intelectual puro, sino que abarca también todos los actos conscientes, ya sean intelectuales, volitivos o sensitivos.

Lo más embarazoso de esto es que no se puede establecer con claridad si esa duda, con que deja a un lado todo menos el propio pensamiento, es duda real o duda metódica. Por una parte, si es duda real, aún dado este punto de apoyo en la existencia del propio conocimiento, todavía no se puede dar el segundo paso de que todo lo que es claro al entendimiento es verdadero, porque para eso se tienen y se suponen varias premisas que no hay todavía derecho a suponer. Y por la otra, si la duda es puramente metódica, esta puede abarcar todos los objetos y no se ve porque se dice que la construcción comienza por este hecho subjetivo *cogito*, porque de esto no se puede dudar.

— EL CRITERIO DE EVIDENCIA

El criterio de la evidencia lo deduce Descartes a partir de su primer principio:

Habiendo notado que en la proposición: “yo pienso, luego existo”, no hay nada que me asegure la verdad, sino que yo claramente veo, que para pensar es necesario ser, juzgué que podía tomar como regla general que las cosas que concebimos muy clara y distintamente

son verdaderas, la dificultad sólo estriba en saber cuáles son las que concebimos distintamente. (Descartes, 2011a, parte IV).

Partiendo de esto, busca rechazar como falso todo aquel pensamiento que generara un mínimo de duda, con la intención de delimitar si efectivamente quedaría alguna creencia de la cual se pudiese tener total certeza.

En este punto, los sentidos juegan un papel importante para Descartes “puesto que los sentidos nos engañan a veces, quise suponer que no hay cosa alguna que sea tal como ellos nos la hacen imaginar” (p. 77), no podía tener la convicción de que aquello que había entrado en su espíritu y pensamiento no hubiese sido originado en sus sueños y no por un proceso racional y consciente.

...considerando que los mismos pensamientos que tenemos estando despiertos pueden también ocurrírsenos cuando dormimos, sin que en tal caso sea ninguno verdadero, resolví fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más ciertas que las ilusiones de mis sueños (*Ibidem*, p. 78).

La legitimidad del criterio de evidencia lo funda Descartes en la veracidad de Dios que no ha podido engañarnos.

— LA EXISTENCIA DE DIOS O EL FUNDAMENTO OBJETIVO

Al llegar a la conclusión: “yo pienso, luego soy,” Descartes se encuentra encerrado dentro de su propio yo.

¿Tiene el pensamiento facultad de conocer otra existencia distinta que la suya? Sí, puesto que contiene la idea de *perfección*, de perfecto, de infinito. Y puesta esta idea de *perfección*, de perfecto, de infinito, Descartes arguye de estas dos maneras para deducir la existencia de Dios:

1° Esta idea no puede venir de las cosas exteriores, ya que son todas estas cosas finitas, imperfectas, ni de nosotros, pues se tiene como certeza que existimos porque dudamos y lo perfecto no ha de dudar ni de caber dentro de la duda, por lo que ni unos ni otros pueden contener el infinito, lo perfecto. Luego esa idea nos

ha tenido que venir de un ser superior, Dios, luego Dios existe.

Lo cual no tiene fundamento alguno porque la idea de lo absolutamente perfecto e infinito la podemos formar y formamos partiendo de la experiencia que nos muestra perfecciones, juntándolas todas en un concepto y excluyendo las imperfecciones.

2º Como por percibir la mente que en la idea de triángulo se contiene que sus ángulos suman dos rectos lo afirma sin vacilación, de la misma manera por percibir que la existencia necesariamente se contiene en el concepto de cosa perfectísima, necesario es que se afirme que el ser perfectísimo (Dios) existe (Principio de filosofía, 1. XV.), lo cual sencillamente constituye el sofisma del orden ideal al orden real. (Descartes, 2011 a, Parte IV).

Descartes opina que Dios es una causa primordial, una causa continua y el mundo entero es una causa perpetuamente continuada y no podemos comprenderlo sino como creación continuada y sólo es

explicable por medio de un creador. Pero prescindiendo ahora del valor de las argumentaciones de Descartes sobre la existencia y propiedades de Dios, este paso de Descartes en el método de asentar la certeza de nuestros conocimientos sobre base inmovible constituye claramente una petición de principio.

Reflexioné después que, puesto que yo dudaba, no era mi ser del todo perfecto, pues advertía claramente que hay mayor perfección en conocer que en dudar, y traté de indagar por dónde había yo aprendido a pensar en algo más perfecto que yo; y conocí evidentemente que debía ser por alguna naturaleza que fuese efectivamente más perfecta.
(*Ob. cit.*, p.81).

En efecto, Descartes afirma la existencia de Dios en virtud del principio de evidencia y por otra parte el mismo principio de evidencia no sería motivo suficiente según él, para asegurarnos de nada si no fuese por la veracidad de Dios existente “porque podríamos suponer que estamos hechos de tal modo que lo falso nos parezca como verdadero”. Y, a propósito de esta aseveración, aparece ya el sistema de Descartes roto en el segundo eslabón sin tener derecho a afirmar, sino a

lo más, la existencia de nuestros propios actos internos, dejando la puerta abierta a todos los subjetivismos, fenomenalismos y relativismos.

Es preciso concluir que la existencia de Dios ha quedado demostrada con toda evidencia, por el hecho de que existo y de que en mi espíritu residía la idea de un ser soberanamente perfecto. Lo único que me queda por examinar es la manera que he usado para adquirir esa idea: no he recibido de los sentidos, y nunca se me ha ofrecido sin esperarla como sucede ordinariamente con las ideas de las cosas sensibles, cuando éstas se presentan o parecen presentarse a los órganos exteriores de los sentidos.

No es tampoco una pura producción o ficción de mi espíritu, porque no puedo aumentarla o disminuirla, como la idea de mí mismo, la idea de Dios ha nacido y se ha producido conmigo, desde que fui creado...

Toda la fuerza del argumento que me ha servido para probar la existencia de Dios consiste en que la imposibilidad de que mi naturaleza, siendo lo que es, concibiera la

idea de un Dios, sin que ese Dios existiere verdaderamente. Ese Dios de que tengo idea posee todas las perfecciones que nuestro espíritu puede imaginar, aunque no me sea posible comprender al ser soberano; no tiene ningún defecto o nada que denote alguna imperfección; luego no puede engañarnos ni mentir, como nos enseña la luz natural de nuestro espíritu, el engaño y la mentira dependen necesariamente de algún defecto.
(Descartes, 2011b, III).

— EL MUNDO

Una vez fundamentada la certeza en un punto de partida indudable y fundamentada, así como el criterio para distinguir lo verdadero de lo falso, Descartes construye todo su edificio basado en esos fundamentos.

Encuentro en mí infinidad de ideas ciertas cosas que no pueden ser estimadas para nada, que no son fingidas por mí, aun cuando tenga la libertad de pensarlas o no pensarlas, y que tienen naturalezas verdaderas e inmutables. Por ejemplo: cuando imagino un triángulo, aunque tal

vez fuera de mi pensamiento no existe esa figura ni haya existido, no deja, sin embargo, de existir cierta naturaleza, forma o esencia determinada, que (yo) no he inventado y que no depende en modo alguno de mi espíritu.

Se pueden demostrar diversas propiedades de este triángulo, a saber, que sus tres ángulos son iguales a dos rectos, que el (lado) mayor está sostenido por el ángulo más grande, y otras semejantes, que ahora quiera o no quiera, reconozco en él muy clara y evidentemente, aunque no pensara en ellas la primera vez que imaginé in triángulo; por lo tanto, no puede decirse que lo haya inventado. (*Ob. cit.*, V).

Descartes cree en la existencia del mundo exterior por el principio de la evidencia. De allí se procede que para Descartes el mundo está determinado por la extensión, donde la sustancia infinita es Dios, del que se derivan las sustancias finitas que están representadas por el hombre y el mundo “...si en el mundo había cuerpos, o bien algunas inteligencias u otras naturalezas que no fuesen completamente perfectas, su ser debía depender del poder divino, de tal manera que sin él no podrían subsistir ni un solo momento” (*Ibidem*, p. 84).

Encuentra en él almas y materia; la materia es la sustancia corpórea; las almas carecen de extensión; son sustancias espirituales. Véase su discurso sobre la esencia del cuerpo: “El cuerpo se manifiesta por sus propiedades de figura, movimiento, etc., pero todas estas propiedades son mudables y no son algo que necesariamente les conviene. Lo único sin lo cual no podemos concebir la sustancia corpórea es la extensión y, por lo tanto, es la esencia total del cuerpo”. De ahí concluye él que el vacío repugna porque sería una extensión sin cuerpo; lo cual es absurdo, porque siendo la esencia del cuerpo la extensión, donde hay extensión hay cuerpo por identidad. Concluye además de lo mismo, que una misma cosa es sustancia corpórea que espacio.

...existe una sustancia cuya esencia es ser extensión.

Los diversos cuerpos son determinaciones de la extensión, de donde se sigue que toda la física no es más que geometría”
Verneaux, 2005, p. 35).

Basándose en este principio erróneo consideró como infinita la extensión del mundo; sabemos dice, que este mundo o la materia extensa que compone el

universo, no tiene límites; porque donde quiera que nos propongamos fingirlo podemos imaginar más allá espacios indefinidamente extensos, que no sólo imaginamos, sino que concebimos ser tales en efecto como los imaginamos; de suerte que contienen un cuerpo indefinidamente extenso, porque la idea de extensión que concebimos en todo espacio, es la verdadera idea que debemos tener de cuerpo. (Descartes, *Principio de la filosofía*, p. 11, 21).

Errar es humano y se origina en el hombre; errar no es imputable a Dios, señala Descartes, porque el humano no siempre se muestra fiel a la *claridad* y a la *distinción*.

El error tiene su principio en el juicio ya que allí intervienen tanto el intelecto como la voluntad. El intelecto hace un buen uso de sus funciones al no tomar en consideración ideas confusas, pero la voluntad con su poder de persuasión impide el empleo, como es debido, del libre albedrío y en el proceso de negar o afirmar algo el ser humano se engaña al aceptar como indubitable lo que no es cierto.

Todas las mudanzas que experimentamos en los cuerpos no son sino movimientos locales, cuyo origen no son los mismos cuerpos, puesto que la extensión que es la esencia nada dice del movimiento, sino que

Dios al crear la materia le imprimió cierta cantidad de movimiento.

Esta cantidad de movimiento es inmutable y en virtud de ella se desarrolla continuamente el mundo corpóreo.

Y todo cuerpo, ya orgánico, ya inorgánico, ya de metales, ya de plantas, ya de los animales, ya de los hombres, no es sino extensión con movimiento mecánico². En este sentido, Dios es, para el filósofo, causa permanente del mundo, ya que para Descartes el tiempo es una sucesión de instantes que no necesariamente poseen continuidad, lo que indica que un instante y lo que ocurra en él no ha de depender de su precedente, por lo que Dios debe crear y recrear el mundo constantemente. (Verneaux, 2005, p. 33)

-
- 2 *Y de este punto trataba en un estudio (hace referencia al “tratado del Hombre, segunda parte del Tratado de Física”)... con más amplitud que de otros, porque le adjudicaba una importancia realmente extraordinaria. Quería demostrar que una máquina con los órganos y la figura exterior de un ser humano y que imitase nuestras acciones en lo que realmente fuera posible, no podía ser considerado como un hombre; y para ello aducía dos consideraciones irrefutables. La primera era que nunca una máquina podrá usar palabras ni signos... equivalentes a ellas, como hacemos nosotros para declarar a otros nuestros pensamientos. Es posible concebir una máquina tan perfecta que profiera palabras o propósito de actos que causen algún cambio en sus órganos; lo que no es posible es que hable contestando con sentido a todo lo que se diga en su presencia como hacen los hombres menos inteligentes. La segunda consideración era que aún en el caso de que esos artefactos realizaran ciertos actos mejor que nosotros, obrarían no con conciencia de ellos, sino como consecuencia de la disposición de sus órganos. La razón es un instrumento universal, porque puede servir en todos los momentos de la vida; y esos órganos necesitan una particular disposición para cada acto. De aquí se deduce que es moralmente imposible que una máquina obre en todas las circunstancias de la vida del mismo modo que nuestra razón no hace obrar.*

Descartes no creía en el alma de los brutos, opinaba que los brutos no son capaces de experimentar sensaciones, son autómatas, que todo lo que en ellos vemos es el resultado de un puro mecanismo; si se los punzan gritan, pero este grito no es manifestación de dolor, sino que la punzada ha puesto en movimiento un resorte que produce el sonido de la voz.

La razón de no atribuirles alma a los brutos es que, según él, el alma es una sustancia cuya esencia es el pensamiento y es inmortal e inmaterial y a los brutos no se les puede atribuir el alma inmortal.

Singular doctrina esta de Descartes y sin fundamento ninguno porque los brutos tienen órganos sensitivos parecidísimos a los del hombre y muchas veces más perfectos, y dan todas las señales de sensación que da el hombre.

Claro es que el alma del bruto no es espiritual ni inmortal, porque tampoco dan los brutos señales de conocer lo abstracto y la relación ni de ningún acto apetitivo libre³.

3 *(hace referencia al "Tratado del Hombre", segunda parte del Tratado de Física. 1633 pero no publicado en vida)...se puede conocer la diferencia que existe entre los hombres y las bestias. No hay hombre, por estúpido que sea, que no coordine varios vocablos formando partes para expresar sus pensamientos; y ningún animal, por bien organizado que está, por perfecto que sea, pueda hacer lo mismo.*

Y toda su teoría sobre la esencia del cuerpo, sobre la naturaleza del espacio y de las modificaciones corpóreas y sobre la constitución puramente mecánica del cuerpo no pueden resistir a una seria crítica filosófica. Sus postulados pueden resultar duramente refutados pues, entre los detractores de Descartes se encuentra el atomista Pierre Gassendi, el materialista y nominalista Hobbes, el aristotélico Voëtius profesor de teología protestante en Utrecht, muchos jesuitas, el obispo Daniel Huet, el napoleónico inglés Henry More. Se llegó a prohibir la filosofía cartesiana en Utrecht y en Leiden; del año 1656 data una prohibición del gobierno de los Países Bajos y en 1663 Roma puso en el índice los escritos de Descartes (Hirschberger, 2011).

Ciertamente es un hecho discutible el que una vez establecido para Descartes su propia existencia como cosa pensante por medio del *cogito*, todo su proyecto descansa sobre la existencia de un Dios benévolo y sobre el hecho de ser verdad todo lo que vemos claro y distinto.

Descartes plantea una argumentación circular, es decir, cuando argumenta la existencia de Dios se basa en la noción de las ideas claras y distintas; y cuando argumenta la doctrina de las ideas claras y distintas se

basa en la existencia de Dios. Las dos argumentaciones son vulnerables a la crítica porque se basan en la suposición de que todos tenemos en nuestro interior un Dios de marca de fábrica que no deriva de un adoctrinamiento previo.

Descartes pasa de suponer que debe haber tanta realidad en la causa, la marca de fábrica, como realidad presente en el efecto. Le es necesario al autor por tanto este supuesto para pasar de la realidad de la idea de Dios a la realidad de Dios.

El argumento ontológico tampoco es convincente, da la impresión de ser una trampa lógica, un intento de incluir la existencia en la definición de Dios. La crítica lo acusa de suponer que la existencia no es más que una cualidad como otra, como el ser todopoderoso, sin aceptar que es: la condición previa para todas las demás cualidades.

Otra acusación reiterativa de sus críticos se relaciona con el dualismo, esa interacción entre alma y cuerpo, que le lleva incluso a identificar en algún lugar del cerebro la glándula pineal a manera de mecanismo inventor para resolver la dificultad de como algo inmaterial es capaz de modificar el mundo material. Claro está, el monismo, aquella teoría que afirma que

sólo hay una clase de sustancia, el material; es mucho menos vulnerable a la confrontación que la teoría dualista en la que incurre Descartes.

PSICOLOGÍA CARTESIANA

Descartes pensó mucho en la Psicología como lo dejan ver sus obras: *Tratado de las Pasiones*; sus *Cartas*; y algunos capítulos de las *Meditaciones*.

El carácter singularísimo de la Psicología de Descartes, consiste en dos puntos: 1º La distinción absoluta del alma y del cuerpo y su unión mutua; 2º Su teoría del conocimiento.

La esencia del alma es el pensamiento. Todo lo demás en ella es accidental y puede no existir, pero el alma sin pensamiento de ninguna manera, por eso esencialmente son una misma cosa alma y pensamiento.

El alma y el cuerpo humano son, según él, sustancias completas y tan diversas que no tienen ninguna relación entre sí, donde la esencia del cuerpo es la extensión y la del alma es el pensamiento. ¿Cómo pueden, por lo tanto, formar un compuesto? A esta pregunta, en torno de la cual tanto se le objetó a Descartes sin que

él supiera nunca dar repuesta algo aceptable, responde con esta teoría:

El alma obrando sobre el cuerpo le hace ejercitar los movimientos que ejecuta, y a la vez el cuerpo obrando sobre el alma le determina a los conocimientos que produce, y en esta mutua acción consiste la unión de ambos:

...no estoy metido en mi cuerpo como un piloto en su navío, sino tan estrechamente unido y confundido y mezclado con él, que formo como un solo todo con mi cuerpo. Pues si esto no fuera así, no sentiría yo dolor cuando mi cuerpo está herido, puesto que soy solamente una cosa que piensa; percibiría la herida por medio del entendimiento, como un piloto percibe, por medio de la vista, lo que se rompe en su barco.

Y cuando mi cuerpo necesita comer o beber, tendría yo un simple conocimiento de esta necesidad, sin que de ella me avisaran confusos sentimientos de hambre o sed, pues en efecto, todos esos sentimientos de hambre, sed, dolor, etcétera, no son sino ciertos confusos

modos de pensar, que proceden y dependen de la íntima unión y especie de mezcla del espíritu con el cuerpo. (Descartes, 2011b, p. 78)

La manera concreta de ejercer esta influencia mutua la explica él así: El alma recibe por medio de la glándula pineal la acción de los “espíritus animales,” es decir, de las sutilísimas partículas de la sangre que circula por los nervios; después reacciona la misma alma con los espíritus animales y mediante el movimiento que les imprime mueve los nervios y músculos del cuerpo.

Como ya se ha mencionado, para Descartes los hombres eran entendidos como máquinas con funcionamientos y movimientos mecánicos y para que estos se puedan dar, la glándula pineal juega un papel de suma importancia, pues en ella se contiene la imaginación, la memoria y la sensibilidad, que son las causantes de los movimientos corporales. En una explicación controvertida, el propio autor explica cómo la glándula pineal situada en la base del cerebro comunica el alma con las impresiones y decisiones del cuerpo. De esta manera Descartes intenta resolver el problema de la interacción, aunque la formulación no es muy

convinciente. El cartesianismo posterior fue matizando esta teoría con el denominado ocasionalismo⁴.

Aunque esta unión del alma y del cuerpo, por Descartes descrita, sea tan distinta a la unión sustancial, todavía llama él al alma humana forma sustancial del cuerpo, como los partidarios de la unión sustancial.

Las ideas son de tres clases: facticias, adventicias e innatas. Las facticias son las ideas sugeridas por la imaginación, v. gr., un río de oro; las adventicias son las ideas que formamos del mundo exterior, gracias a los sentidos, como la de los olores, colores, etc.; las ideas innatas son las constitutivas de nuestro espíritu, aquellas sin las cuales no podemos razonar y son todas las ideas universales y necesarias, ejemplo: las ideas de tiempo, causa, espacio...

Las pasiones y las sensaciones, según él, son producidas por solo el alma, pero las sensaciones siempre las ejercita el alma por su unión con el cuerpo, excitada por los estímulos corporales, como lo hemos visto más arriba.

4 Los defensores de esta teoría, Melenbranche entre ellos, niegan la comunicación entre las sustancias pensante y extensa, recurriendo a Dios para explicar su aparente interrelación. Ni el cuerpo ni el alma son causas verdaderas que puedan explicar la mutua influencia de una sustancia en otra, sino que son meras “ocasiones” o “causalidad ocasional”, para que Dios actúe. Dios es, pues, la verdadera causa de las aparentes influencias del cuerpo en el alma y viceversa. (Copleston,2011)

Hay ciertas operaciones del alma que propiamente no son pasiones y que son influenciadas por el cuerpo, ejemplo: la memoria pasiva es una especie de pasión, también la asociación de ideas.

Las pasiones pueden reducirse a seis principalmente: la alegría, la tristeza, el amor, el odio, el deseo, y la admiración o sorpresa. Hay pasiones que se ejercitan por el alma sin estímulo corporal, v. gr.: la pasión de Dios; pero hay otras que las produce el alma excitada por el estímulo corporal, estas son las *emociones* producidas por el alma por cualquier movimiento del cuerpo. Las pasiones son expansivas o estrechas, según sean provocadas por el deseo del placer o por el temor del dolor.

El alma, al determinarse a concebir determinados objetos, y el temperamento o humor del cuerpo, ya sea momentáneo o natural, prepara e incluso causa ciertas pasiones. También lo hacen las impresiones que se encuentran fortuitamente en el cerebro. Y, por último, todas las pasiones pueden ser excitadas por los objetos exteriores que mueven los sentidos, que son en realidad sus causas

más frecuentes y principales (Parellada, 2000, p. 239).

Dice Descartes que las pasiones son todas buenas, pero pueden volverse malas. Cuando una pasión se desvía de su buen camino, la voluntad debe salirle al paso, y entonces se traba una formidable lucha en el corazón del hombre, que termina con la formación del carácter. El hombre impulsado por las pasiones acomete las grandes empresas.

— ÉTICA Y LIBERTAD

El autor del Discurso del Método señala lo que generalmente se denomina “ética provisional”, es decir, una “moral de circunstancias” a la espera de desarrollar un sistema filosófico que, quizás, pudiera decirle cómo actuar.

...para no permanecer irresoluto en mis acciones mientras la razón me obligaba a serlo en mis juicios, y para no dejar de vivir en adelante lo más acertadamente que pudiese, me formé una moral provisional, que no consistía más que en tres o cuatro máximas, de las que quiero dar cuenta.

La primera, era obedecer a las leyes y costumbres de mi país... gobernándome en cualquier otra cosa de acuerdo con las opiniones más moderadas...

Mi segunda máxima consistía en ser lo más firme y resuelto que pudiese en mis acciones... Mi tercera máxima consistía en tratar de vencerme siempre a mí mismo antes que a la fortuna, en procurar cambiar mis deseos antes que el orden del mundo...

Por último, como conclusión de esta moral, me propuse para revisar las diversas ocupaciones que los hombres tienen en esta vida para tratar de elegir mejor... dedicar mi vida entera a cultivar mi razón y a progresar todo lo que pudiese en el conocimiento de la verdad... (Descartes, 2011a, III).

Descartes creía firmemente en la libertad, entendiendo por libertad la facultad de elegir, de determinarnos nosotros sin previa determinación a querer una cosa; así, la libertad para el filósofo se entiende en la elección de lo que nuestro entendimiento nos dice que es bueno y verdadero.

La mejor prueba que da Descartes de la libertad es el sentimiento íntimo de nuestra conciencia, el cual nos manifiesta que tenemos facultad, no solo para hacer cosas diferentes sino también para obrar en uno u otro sentido, así cuando estamos comiendo, nos sentimos con poder para seguir o no seguir haciéndolo, lo que también puede ser entendido como el libre albedrío de los hombres, que les permite ser dueños de sus propias acciones. “La libertad se conoce sin pruebas por la sola experiencia que de ella tenemos”.

Para que yo sea libre no es necesario que yo sea indiferente en la elección de uno u otro de los contrarios. Al contrario, cuanto más me inclino hacia uno de ellos, sea porque veo claramente que en él se encuentran el bien y la verdad o porque

Dios dispone así mi pensamiento, más libremente lo elijo y abrazo... Así pues, esa indiferencia que siento cuando ninguna razón me inclina a un lado más bien que al otro, es el grado ínfimo de libertad, y revela una falta de conocimiento más bien que una perfección de la voluntad. (Descartes, 2011b, IV).

EL MÉTODO CARTESIANO

La más importante de todas las obras del notable filósofo francés y la que ejerció más influencia fue su Método.

Fundado en estas consideraciones comprendí la necesidad de buscar otro método que reuniendo las ventajas de los tres anteriores (lógica, análisis y álgebra) estuviese exento de defectos... Estas largas cadenas de razonamientos, tan sencillos y fáciles, de que se sirven los geómetras para sus demostraciones más difíciles, me hicieron pensar que todas las cosas susceptibles de ser conocidas se relacionaban como aquellos razonamientos, y que con tal no se reciba como verdadero lo que no lo sea y se guarde el orden para las deducciones, no hay cosa tan lejana que a ella pueda llegarse ni tan oculta que no pueda ser descubierta. (Descartes, 2011a, II).

Cuatro reglas muy importantes constituyen principalmente el Método Cartesiano, las cuales están basadas en la Lógica Aristotélica y en el análisis matemático.

Son las siguientes:

Primera: De la evidencia: Nada se debe tomar como cierto antes de estar bien seguros de su evidencia. Y para estar bien seguros de la evidencia debemos atender a nuestro entendimiento, que no puede juzgar como evidente sino aquello que se le presente como tal, y en esto se funda su infalibilidad. Esta regla no es sino la aplicación práctica del principio de evidencia, referido a sólo aceptar aquello indudable, que es producido por la intuición, es decir, un proceso netamente racional, de manera que se puedan advertir todos los elementos de una idea sin duda alguna.

Segunda: Del análisis: entendemos por análisis el procedimiento de dividir un todo en sus partes.

La regla que da Descartes es la siguiente: dividir las dificultades de la manera que mejor las podamos resolver.

Puesto que cada problema que se presenta es un conjunto vertebrado de ideas complejas, para cuya solución es necesario descomponer una a una de manera de volver lo complejo simple, para que así se vuelvan evidentes.

Tercera: De la Síntesis: síntesis es todo lo contrario a análisis: formar un todo partiendo de sus partes.

Y Descartes nos indica que el mayor éxito del método sintético depende, de saber guiar nuestro entendimiento por los objetos más simples y fáciles de conocer hasta llegar a los de mayor complejidad. Para esto, luego de obtenida la simpleza, esta se reconstruye en toda su complejidad, pero partiendo de ideas simples y ciertas.

Estas dos reglas, en especial, nos indican el camino por el cual se debe deslizar nuestro entendimiento para encontrar los principios y saberlas aplicar juiciosamente.

El análisis y la síntesis son formas complementarias de la deducción.

Cuarta: De la enumeración: según la regla cartesiana la enumeración debe hacerse completa hasta quedar bien seguro de no haber omitido nada.

Esta regla complementa los dos precedentes dando a conocer la condición común del análisis y la síntesis: la continuidad. En otras palabras, esta regla se refiere fundamentalmente a corroborar que no haya habido error alguno en el proceso sintético y analítico, abarcando así la globalidad del proceso, pues sólo comprobando es que se puede estar seguro de la

certeza de las ideas que poseemos y desarrollamos. Descartes, 2011a, pp. 45-60).

En resumen, en la parte II del *Discurso del Método* (1637), el autor iniciándose en la “duda metódica” expone las cuatro reglas fundamentales: a) No admitir nada que no se presente al intelecto de modo claro y distinto, b) Dividir las dificultades hasta sus partes más elementales, c) Reconstruir el problema desde lo más simple a lo más complejo y d) Hacer repasos continuos para evitar errores.

El Método Cartesiano se considera hoy como uno de principales capítulos de la Filosofía moderna; y sin embargo su célebre autor fue infiel a él, pues, dejándose llevar por su imaginación, tomó como evidentes las cosas que esta le sugería.

— EL CARTESIANISMO DESPUÉS DE DESCARTES

Queda todavía por decir que el cartesianismo posterior a Descartes recorrió una serie de etapas que se enumeran a continuación (Diez Jurado, 1934):

- 1 | Sus discípulos abrazan íntegra la doctrina del Maestro, y excitan la oposición de católicos y protestantes, por una parte, y por otra determinan como reacción a su excesivo racionalismo, un fideísmo escéptico.

- 2 | Sucede a este período, la propiamente dicha evolución del cartesianismo llegando por un lado al ontologismo para explicar la existencia de la idea de Dios y de las universales, y por otro lado al ocasionalismo para explicar los efectos mundanos, puesto que según Descartes los cuerpos no son capaces de actividad ninguna sino sólo son capaces de moverse pasivamente con movimiento local.

Pero cuanto más se desarrolla y se discute el sistema cartesiano más deleznable y menos armónico es.

- 3 | Se suceden las correcciones y adaptaciones, dando origen, por una parte, a los sistemas racionalistas de Spinoza que, partiendo de la noción de sustancia: “la sustancia es un ser que no necesita de otro para existir,” pretende construir otra armazón lógica; y, por otra parte, el empirismo inglés de Locke.

- 4 | Y como toda esta evolución y transformaciones indican que los principios cartesianos no son

suficientes para un edificio filosófico sólido, fenece el cartesianismo a manos de Kant, quien lo rechaza como falso o demasiado dogmático y comienza de nuevo el edificio sobre nuevos fundamentos, “de este modo la ‘revolución cartesiana’ prelude la ‘revolución kantiana’ ”.

(Vernoux, 2005, p. 42)

La corriente *racionalista* está en la línea del cartesianismo, lo prolonga, aunque no sin modificaciones profundas. Lo ilustran los grandes discípulos: Spinoza, Malebranche y Leibniz... La corriente *empirista* se presenta como adversaria de Descartes porque rechaza la teoría de las ideas innatas. Pero por esto mismo depende de Descartes, y en último término, no es ni más ni menos adversaria o discípula que la corriente racionalista.

Los principales representantes del empirismo son Locke, Berkeley y Hume. (Verneaux, *Ob. cit.*, p. 45).

RESUMEN

A lo largo de esta breve investigación en homenaje al Dr. Jesús Díez Tirado se ha podido observar como la reflexión relevante en los siglos XVI y XVII gira en torno al método más apropiado para analizar los cambios ocurridos en la revolución científica de los siglos señalados.

La preocupación estaba fundamentada en la historia, si reconocidos científicos habían cometido errores significativos en astronomía y medicina, por ejemplo, era evidente que el científico de la modernidad no podía fiarse exclusivamente de sus capacidades intelectivas, necesitaba un método que garantizase la validez de sus resultados. Los procedimientos científicos deberían por tanto diferenciarse de los cotidianos. El propio Descartes en *De reglas para la guía de la inteligencia*, señala que la investigación científica, debe ser indiferente a cualquier tipo de utilidad o interés social.

Lo sustantivo para Descartes es formular y reconocer afirmaciones absolutamente ciertas. Por lo tanto, hay que dudar de todas las aseveraciones que no sean intuitivamente evidentes. Para enmarcar su radicalidad al respecto, el pensador francés, propone imaginar

un “genio maligno” dispuesto a confundir nuestras percepciones.

El objetivo de este supuesto no es, sin embargo, negar la existencia de una determinada verdad, sino aislar proposiciones que sean tan simples como inobjetables, tal y como lo podemos apreciar en la lectura *De Meditationes metafísicas*.

Una idea para el autor es verdadera cuando se presenta a nuestra intuición, clara y distinta, y una vez superado el filtro de la duda metódica. Una idea con estas características puede ser asumida como axioma de un razonamiento deductivo. La ciencia con su esencial universalidad, se basa en principios evidentes e intuitivos, y por su misma simplicidad no requiere ser explicada.

Descartes indaga en relación con algo sobre lo que no se pueda dudar, algo irrefutable, y concluye que quien duda piensa –*cogito ergo sum*– pienso luego existo. Esta simpleza es extraordinaria por ser una idea absolutamente indubitable y que puede ser asumida como una premisa para iniciar complejos razonamientos deductivos.

En la obra *De principios de la filosofía*, el autor se cuestiona en cuántas y cuáles son las sustancias que constituyen la realidad, junto a la capacidad de pensar la posibilidad de una sustancia extensa, es decir, la materia. La duda deja en claro la existencia de un sujeto espiritual capaz de pensar. Pero en adición a esta sustancia pensante –*res cogitans*– ¿puede existir el mundo corpóreo, el que percibimos mediante los sentidos? Lo que parece obvio no puede ser asumido por Descartes, puesto que ese “mundo de apariencias” puede darnos una perspectiva falsa, una verdad que no pasa el filtro de la duda. Para Descartes la única manera de demostrar la existencia del mundo consiste en reflexionar sobre la existencia de Dios. Si el mundo no existiese, las percepciones aparentemente realistas, serían sólo producto de un artificio divino. Pero esta situación va en contra tanto de la fe como de la lógica, siendo así, ese Dios dejaría de tener una naturaleza divina. De manera que a la par de la realidad espiritual existe, una realidad material –*res extensa*– esparcida en el espacio. Espíritu y materia, mente y cuerpo, son las sustancias metafísicas de lo real.

Los cuerpos vivos funcionan como máquinas muy complejas y de acuerdo con las leyes de la mecánica (*Del Tratado sobre el hombre*). Para Descartes, la tecnología

hidráulica constituye el mejor modelo del cuerpo humano.

El movimiento puede ser producido de manera mecánica, las tuberías son comparables al sistema nervioso, las sensaciones actúan para movilizar al organismo y la razón se asemeja a la sala de control de esta máquina. El mundo y todos los fenómenos son explicables por las leyes que gobiernan la materia y sus movimientos. El mecanicismo defendido por Descartes y los racionalistas, contribuyó a descalificar al pensamiento mágico y a la introducción en la ciencia de criterios matemáticos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FUENTES PRIMARIAS:

- COPLESTON, F. (2004) *Historia de la Filosofía, De la Escolástica al Empirismo*. Editorial Ariel (Planeta) Volumen 2, pp. 51-116.
- COPLESTON, F. (s.f.). *Historia de la Filosofía. De Descartes a Leibniz*. Recuperado de: http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080014364_C/1080014365_T2/1080014365_MA.PDF
- DESCARTES, R. (2011a). *Discurso del Método*. Caracas: Eduvén.
- DESCARTES, R. (2011b). *Meditaciones Metafísicas*. Caracas: Eduvén.
- DIEZ TIRADO, J. (1934). *La Escuela Cartesiana*. Caracas: Tipografía Americana.
- HIRSCHBERGER, J. (2011). *Historia de la Filosofía*. Barcelona: Herder.
- PAPINEAU, D. (2004). *Filosofía, mundo, mente y cuerpo. Conocimiento, fe, ética y estética, sociedad*. Barcelona: BLUME.
- PARELLADA, R. (2000). "La naturaleza de las pasiones del alma en Descartes". *Revista de Filosofía*, 3º época, vol. XIII, núm. 23. Pp.235-242. Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de: <https://revistas.ucm.es/index.php/RESF/article/viewFile/RESF0000120235A/10274>
- VERNEAUX, R. (2005). *Historia de la filosofía*. Barcelona: Herder

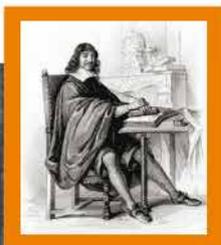
FUENTES SECUNDARIAS:

- BOLADO, GERARDO (2010) *Lecturas fundamentales de la Historia de la Filosofía*. Ediciones Universidad de Cantabria. Santander Pp.: 211-241.
- FERRETER MORA, JOSÉ (2009) *Diccionario de Filosofía*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona. Tomo 1 (A/D) Pp.: 822-827
- FERNÁNDEZ, CLEMENTE S.J. (1976) *Los filósofos Modernos, Selección de textos*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. Tomo I, Pp.:4-103.

- FAZIO, MARIANO & GAMARRA, DANIEL (2001) *Historia de la Filosofía Moderna*. Colección Albatros (Palabra) Madrid Volumen 3. Pp.: 59-78.
- FERNÁNDEZ, J. LUIS & SOTO, M. ^a JESÚS (2006) *Historia de la Filosofía Moderna*. EUNSA, Iniciación Filosófica. Navarra. Pp.:41-62.
- FISCHL, JOHANN (2002) *Manual de historia de la filosofía*. Empresa Editorial Herder, S.A. Barcelona. Pp.: 265-261.
- FRAILE, GUILLERMO (2000) *Historia de la Filosofía*. Biblioteca de Autores Cristianos III, Del Humanismo a la Ilustración. Madrid. Pp.: 480-543.
- GARCÍA-BORRÓN, JUAN CARLOS (2004) *La filosofía occidental en su historia*. Ediciones del Serbal. Barcelona. Volumen 3, Pp.: 76-82.
- Geymonat, Ludovico (2006) *Historia de la Filosofía y de la Ciencia*. CRÍTICA, S.l. Barcelona.: 294-307.
- GONI, ZUBIETA, CARLOS (1996) *Tras las Ideas, Compendio de historia de la filosofía*. EUNSA. Navarra. Pp.: 115-129.
- KENNY, ANTHONY (2005) *Breve historia de la Filosofía Occidental*. Ediciones Paidós Ibérica S.A. Barcelona. Pp.: 265-278.
- REALE, GIOVANNI Y DARIO ANTISIERI (2010) *Historia de la Filosofía*. Herder Editorial, S.L. Barcelona Pp.: 285-307. RUESSELL, Bertrand (2010) *Historia de la Filosofía Occidental*. Espasa Libros. Madrid. T: II, Pp. 209-221.
- SAVATER, FERNANDO (2008) *La aventura de pensar*. DEBATE. Barcelona. Pp.: 73-81.
- SCRUTON, ROGER (2013) *Breve historia de la filosofía moderna*. Ediciones Península. Barcelona. Pp.: 49-65. STÖPING, Hans Joachim (2012) *Historia Universal de la Filosofía*. Editorial Tecnos. Madrid. Pp.: 357-385.
- ZIMMER, ROBERT (2012) *Las obras esenciales de la Filosofía* Editorial Planeta, S.A. Barcelona. Pp.: 77-92.

Descartes fue un hombre de genio indisputable, insigne matemático y eminente espiritualista, que escribió, no por razones de circunstancias, sino por efectos de convicciones profundas; en la metafísica, como en la física y astronomía, demostró su verdadero ardor por las investigaciones científicas: ¡era un verdadero filósofo!...

Dr. Jesús Díez Tirado



Descartes fue un hombre de genio indisputable, insigne matemático y eminente espiritualista, que escribió, no por razones de circunstancias, sino por efectos de convicciones profundas; en la metafísica, como en la física y astronomía, demostró su verdadero ardor por las investigaciones científicas: ¡era un verdadero filósofo!...

Dr. Jesús Díez Tirado